

Martín Castro, *El ocaso de la República Oligárquica. Poder, política y reforma electoral. 1898-1912*. Buenos Aires. Edhasa, 2012. 392 páginas.

El libro de Martín Castro, “*El ocaso de la República Oligárquica. Poder política y reforma electoral. 1898-1912*”, producto de la tesis doctoral del autor en la Universidad de Oxford, ofrece una interpretación acerca del declive del PAN a lo largo de la primera década del siglo XX. A través de los seis capítulos que componen el libro, Castro propone un itinerario para seguir el ritmo de la época. Los primeros tres capítulos están dedicados sucesivamente al escenario político, la reforma electoral de 1902, la Convención de Notables y la presidencia de Manuel Quintana. Los capítulos cuatro y cinco tienen como tema la conformación de una coalición antiroquista que alcanzó su auge durante la presidencia de José Figueroa Alcorta. Entretanto, el sexto y último capítulo se detiene en la coyuntura de profunda fragmentación de la elite gobernante alrededor del Centenario, y la relación que esa crisis guardó con algunos cambios relevantes en las reglas del juego político como la ley Sáenz Peña de 1912.

La hipótesis central de Castro es que la causa fundamental del “ocaso” del sistema de poder articulado en torno del Partido Autonomista Nacional debe ubicarse en las crecientes tensiones entre los grupos dirigentes, generada por la propia dinámica política. A comienzos del 900, los fuertes enfrentamientos en el seno del partido de gobierno se tornaron cada vez más difíciles de resolver a través de la práctica del acuerdo y acabaron por desarticular el marco de contención que proveía el PAN para los enfrentamientos entre grupos rivales.

El punto de partida del libro es el cambio de siglo. Castro describe el paisaje de aquel tiempo como un mundo político organizado en torno del PAN, cuya estructura – laxa y maleable- obró de reemplazo o sustituto de una burocracia estatal inexistente. En ese marco, el Partido Autonomista Nacional, sirvió de “instrumento de regulación de los conflictos internos de las elites” a través del clientelismo y el patronazgo, erigiéndose en una suerte de partido-estado.

La amalgama de ese régimen, era un conjunto de acuerdos celebrados entre “amigos políticos” y la frágil alianza de diversas dirigencias provinciales. El poder central y, por tanto, el presidente eran vitales para el funcionamiento de esa “máquina

política". La utilización de mecanismos como las intervenciones federales o la distribución de recursos aseguraban al gobierno nacional fuerte capacidad de injerencia, incluso en niveles locales.

Hacia finales de la segunda presidencia de Roca este panorama comenzó a agrietarse. La pelea entre el "zorro" y su tradicional aliado, Carlos Pellegrini, en 1901 aportó indicios del nuevo cuadro. De allí en más, las peleas entre roquistas y antirroquistas definieron una dinámica que no tardó en desbordar el ámbito del PAN, delineando un escenario de gran incertidumbre que aceleró la inclinación faccionalista de los actores.

La renovación presidencial de 1904 agudizó las tensiones. La candidatura de Manuel Quintana, arreglada en la Convención de Notables, fue apenas un delicado compromiso que expresó el intento de Roca por conservar alguna influencia a la vez que marcó el ascenso de una coalición decidida al viejo líder. Esa frágil alineación se sustentaba sobre un heterogéneo grupo de dirigencias marginadas del control del estado por una fórmula política que no contemplaba demasiado espacio para minorías o derrotados. Según Castro, la aspiración principal de este eje antirroquista era abrirse paso en la estructura de poder más que en fomentar transformaciones sustanciales del orden político.

Esta afirmación que el autor apoya con abundante documentación, fundamentalmente cartas, archivos personales y prensa, coloca al libro en diálogo crítico con interpretaciones clásicas del orden conservador como las de Natalio Botana y Eduardo Zimmermann, quienes atribuyeron los conflictos de la época a la discusión promovida dentro de las elites por un sector, señalado como "reformista", que bregaba por la realización de cambios importantes en los vínculos entre sociedad y estado. Según esta perspectiva, el impulso de los reformistas, expresado en sus proyectos de renovación de las normas electorales, habría sido decisivo en la traza de una línea de fractura dentro de los grupos dirigentes.

Para Castro, en cambio, la presión por reformas institucionales no alcanza para comprender la decadencia del régimen oligárquico. Aunque existía un consenso amplio en torno de los problemas de legitimidad que acuciaban al orden político, las consignas del reformismo apenas lograron aglutinar a un grupo pequeño. El factor fundamental de

conflictividad fue la voluntad de dismantelar la máquina roquista pero, insiste el autor, sin poner en riesgo la trama de poder. La reforma electoral propuesta por Sáenz Peña entonces, lejos de ser un motivo de cohesión, introdujo tensiones entre la alianza de los grupos que llegaron al gobierno nacional durante los mandatos de Quintana y José Figueroa Alcorta.

La propuesta historiográfica del trabajo, explícita desde las primeras páginas, es el abordaje “desde arriba” como matriz de análisis de los cambios en las reglas de la disputa por el poder. Los grupos gobernantes son caracterizados como los sujetos más activos en la definición del escenario político, relegando a otros actores a un papel secundario. Temas relevantes para parte de la bibliografía como la emergencia de la denominada “cuestión social” y los desafíos lanzados por corrientes anarquistas y socialistas al orden, o incluso la reorganización del Partido Radical, constituyen en “El ocaso...” apenas el telón de fondo de las rencillas internas del partido de gobierno.

Esta lectura enraizada en los intereses concretos e inmediatos de los actores tiene una impronta que recuerda a los trabajos del británico Lewis Namier. Un tono similar está presente en otros trabajos de la historiografía local abocados al período, como los estudios de Paula Alonso acerca del PAN en la década de 1890. Una marca distintiva de esta perspectiva es el desplazamiento de los principios ideológicos como articuladores de las contiendas políticas por el énfasis en la lucha de redes clientelares, organizadas en base a liderazgos personales y jefaturas locales orientadas a la percepción de recursos derivados del control de posiciones de poder. En este análisis, la unidad fundamental para comprender de los conflictos son las “facciones”, definidas como “grupos de poder específicos que no tienen justificación “funcional” -no vinculan al pueblo con el gobierno- y son , por el contrario, la expresión de conflictos personales”.¹ El atractivo de enfoques de este estilo reside en la profusa reconstrucción del acontecer político que retrata con detalle tanto los grandes acuerdos como los movimientos cotidianos de las dirigencias. Por el contrario, su debilidad más notoria quizás sea la marcada renuncia a ponderar la potencia de los idearios políticos en la toma de decisión de los actores involucrados en las luchas de poder.

¹ Castro Martín, *El ocaso de la república oligárquica. Poder política y reforma electoral. 1898- 1912*. Edhasa, Buenos Aires, 2012, p 23.

El ocaso de la República oligárquica invita a discutir, una vez más y con argumentos renovados, temas como el peso de las ideas en la configuración de coaliciones políticas o la importancia relativa de los distintos actores sociales en la Argentina de principios del siglo XX. La propuesta del libro además, deja abierto el desafío de trazar paralelos y contraposiciones entre el caso del “régimen oligárquico” argentino y otros procesos contemporáneos como el Porfiriato mexicano o la República brasileña. La propia utilización de categorías como “oligarquía”, extendida para el ámbito latinoamericano del cambio de siglo, revela la persistencia de un debate en torno de las características de la dominación política en la región que sigue reclamando discusiones profundas.

Por sus hipótesis y sugerencias, podemos decir que el libro de Castro orbita con presencia en las discusiones actuales de la literatura local.

Nicolás Sillitti,
Universidad de Buenos Aires - UNSAM